



POESIA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

DE pocas cosas podrá enorgullecerse con tanto motivo la España contemporánea como de su Poesía. Desde hace medio siglo, la Poesía española está viviendo una nueva edad de oro, sólo comparable en la Historia a la de los siglos XVI y XVII, y en nuestros días, a la de la Poesía, también española de lengua e igualmente esplendorosa, del continente americano. No creemos que en otra lengua exista un siglo XX comparable al español; pero no es ésta la ocasión para razonarlo. Nuestro propósito ha de limitarse a presentar un panorama muy sintético de la actualidad poética española.

Al sobrevenir la guerra de España y, con ella, la desaparición de algunos de sus mayores poetas, mártires del desgarramiento de la patria, pudo temerse que el áureo período iniciado con el siglo en la estela luminosa de Rubén Darío se había cerrado para siempre. En 1939, al hacer el recuento, llorábamos la definitiva ausencia de Federico García Lorca, Miguel de Unamuno y Antonio Machado. El suelo español advertía otras ausencias, menos irreparables, de poetas de la más alta calidad, alejados por motivos de credo político o de propia comodidad personal. Bien pronto se empezó a advertir que nombres no del todo nuevos, pero que pocos años antes apenas habían iniciado su tarea, estaban llegando a una juvenil madurez, adelantada por las severas lecciones de unos años que valían media vida en punto a edificar hombres y a ahondar vivencias poéticas. En seguida llegaron inmejorables noticias de la actividad lírica de los exatriados, que continuaban enriqueciendo su personalidad y publicando libros y colaboraciones aisladas valiosísimas. España, la España poética, continuaba su vida gloriosa. Y a mayor abundamiento, cada nuevo año aportaba varios nombres desconocidos de muchachos bisoños, llenos de fervor y, en algunos casos, de inconfundible y esperanzadora calidad. Ahora, nueve años después, esas nuevas promociones de Apolo constituyen ya verdadera legión, en la que es tan difícil destacar nombres definitivos como desconocer la excelencia del nivel medio, tan exigente consigo mismo y tan extendido en la obra colectiva como no se había conocido desde la era de los Felipes.

Nuestro plan en este artículo es poner un poco de orden en este dichoso "mare magnum" de poesía y poetas, viva y vivientes, respectivamente. Pero es inevitable que comencemos por dedicar un recuerdo a aquellos desaparecidos cuya obra continúa activa en nuestra gratitud y en nues-



tro aprendizaje. Nada diremos de un Villaespesa o un Valle-Inclán, fallecidos poco antes de la guerra, ni de un Emilio Carrère, muerto hace poco. Los diversos e innegables valores de su obra poética pertenecen más bien al pasado y para nada influyen en la corriente viva de nuestro tiempo. Circunstancias más bien de índole ideológica o política adelantaron hace diez años, hasta un relieve de primer plano, la personalidad de Ramón de Basterra, menos estimada de lo que merecía entre los colegas de su generación. Hoy, serenado el ambiente, Basterra ocupa, con todas sus reconocidas virtudes poéticas y retóricas y con todos sus evidentes defectos retóricos y poéticos, el puesto distinguido que le corresponde.

La gloria de Miguel de Unamuno no ha cesado de crecer, y la viva presencia de su poesía actúa siempre ahincadamente, poderosamente, en la conciencia y en el estilo vital de los nuevos poetas de España. Curioso caso de lentitud tardía en la evolución de un poeta y en el advenimiento de una fama casi póstuma. A sus treinta años, Miguel de Unamuno era un poeta absolutamente inédito. A los cincuenta se le creía un maniático anacrónico del verso. Sólo después de los sesenta años, la poesía de Unamuno empieza a sincronizarse con la más nueva España y con la última poesía sin prejuicios. Verdad es que la calidad siempre embarazosa de su expresión rítmica ha ido mejorando con los años, y es en su ancianidad cuando su vena aparece más fresca y niña, y su dominio del verso se acendra y purifica. Pero es después de su muerte cuando se advierte en toda su grandeza la poesía incomparablemente rica, humana, total, del gran poeta, y cuando ya, sin paradoja, se puede afirmar que Unamuno es, ante todo y sobre todo, un gran poeta, un gran poeta en verso. Todos los poetas maduros o jóvenes de España le deben algo, y toda la poesía actual está unamunizada, y con ello inmunizada contra la frivolidad y el literarismo.

De los dos hermanos Machado, Antonio, el apenas menor en edad—once meses de separación—, se anticipa ocho años en nacer a la otra vida perdurable. Su gloria se afirma también más cada día. Pero, a la inversa que en el caso de su maestro espiritual don Miguel, le acompañó siempre como una condigna aureola indiscutida. Y yo no diré que los últimos versos de Antonio Machado sean los mejores, pero sí que son tan buenos como los de su juventud y que acusan en el poeta su definitiva ascensión al seno metafísico de la mejor poesía abstracta y esencial que sabe guardar en tan difícil limbo toda su metálica y concreta plasticidad. Si hay algún maestro siempre operante en la poesía de los últimos quince años, más aún que Unamuno o Juan Ramón, éste es el poeta de las Soledades y Galerías, el Abel Martín o el genial cantor de Castilla. Díganlo, entre tantos nombres, los de Dámaso Alonso, Dionisio Ridruejo, Leopoldo Panero o José María Valverde, por no citar alguno que necesariamente ha de quedar excluido de este recuento.

Más eclipses y altibajos ha padecido en la estimación de los exigentes la reputación de Manuel Machado, disminuída a la sombra de su hermano. Sin embargo, somos muchos los que le permanecemos siempre fieles y disculpamos las desigualdades inherentes a un concepto como el suyo, divinamente ligero y hondo a un tiempo, del quehacer lírico. Sus purísimos aciertos compensan con creces la abundancia de una producción a veces repetida de sí misma. Un contacto estrecho, cordialísimo, del anciano poeta con los muchachos que aprendían diariamente a su lado lecciones de elegancia y de cortesía, contribuyó eficazmente a que se le hiciese justicia y muriese entre nosotros en auténtico olor de maestría. Verdad es que en sus últimos libros no faltan poesías de una gracia alada de la que sólo él conoció el secreto.

Muchos secretos se evaporan para siempre con el poeta de "la evasión", con Federico García Lorca. La obstinación de tantos contumaces de uno o del otro lado del Atlántico en robar esos secretos por el pueril procedimiento de "la mimesis exterior" ha conducido a los más deplorables resultados. Pero de ello no tiene la menor culpa el poeta del Romancero Gitano. La popularidad enorme de ese libro y luego la de su poético teatro ha dañado a la justa consideración que merecen otros libros suyos publicados en vida o póstumos, donde su lirismo ahonda aún más y aparece más misterioso y fecundo. Poeta peligroso por sus excesos y caprichos para tomarlo por modelo, le sentimos entre nosotros todavía dando calor y vida a sus versos con su inolvidable acento y timbre de voz, y guardando para el porvenir mil sorpresas y rincones deliciosos que ire-

mos descubriendo. Nunca creí que Federico García Lorca fuese el único poeta de su generación, ni siquiera el mayor, aunque sí el más genial, en el verdadero sentido de esta palabra. Creo que hoy me acompañan en este modo de estimar muchos jóvenes poetas y buenos aficionados y lectores.

Otro gran poeta, cuya muerte lloramos porque su poesía se hallaba todavía en período de crecimiento y vigorosa fecundidad, es Miguel Hernández, magnífico ejemplo de hombría y de entereza, reflejado en una obra a veces áspera y violenta; pero siempre rezumante de vida y cálida de riego sanguíneo. Miguel Hernández ha sido el antídoto contra clorosis y anemias neobucólicas, y su poesía explica muchas cosas y casos de nuestra juventud, desde los títulos con "tierra" y "sangre" de tantos libros y poemas, hasta los colofones polémicos de clasicistas y existenciales.

También por causa de la guerra perdimos a otro muchacho, aún en estado más tierno de florecimiento que Hernández, a Juan Panero. Astorga y Orihuela: dos sedes a cuyas sombras catedrales se formaron, respectivamente, Miguel y Juan. Los Cantos del Ofrecimiento y sus



sucesivos versos póstumos no se pueden releer sin la más idílica y conmovida emoción. Tal es la pureza de una poesía que hace pensar en Garcilaso o en Virgilio, pero sin sombra de imitación retórica.

Finalmente, hemos llorado en los últimos años la muerte de otros poetas, entre los que he de destacar a Rafael Porlán, cordobés de escuela sevillana, cuyo libro póstumo, tan hondo y serio, le sitúa entre los mejores poetas de su tiempo, que es el de Lorca o Cernuda. Gran poeta Porlán, desconocido casi todavía y que habrá de ocupar el puesto que merece en las antologías. Otro poeta, fallecido en plena juventud, José Luis Hidalgo, supo cantar a Los Muertos con un acento poético iluminado y profético de impaciencia, cruzado de opuestos sentimientos y misteriosas dudas.

* * *

Si volvemos la vista atrás, hacia los maestros, hemos de saludar, ante todo, a Juan Ramón Jiménez, a quien, sin duda, le sienta muy mal el título de patriarca, pero que ha venido a ocupar ese sitio por la impiadosa siega que nos ha arrebatado a los mayores de edad. Ni por la suya nada proveya, ni por la inquieta y fértil actividad de sus musas, podemos considerar a Juan Ramón como a una gloria jubilada e inmutable. Su obra en marcha sigue en marcha, y entre nosotros se leen, con la admiración y el deleite que legítimamente les corresponde, sus nuevos libros y las colaboraciones que envía a las revistas españolas. Sin duda, la lejanía de España ha impreso en el verso último de Juan Ramón una huella de nostalgia y un velo tornasolado, y le ha levantado en un vuelo amplio y humanísimo que le acercan más y más al cariño y a la comprensión de los jóvenes, para quienes la pureza de una etapa clásica o la implacabilidad de una ética mortificadora empezaba a perder arraigo y eficacia. De todos los sucesivos Juan Ramones, el romántico y el nostálgico y recapitulador de la hora serena, son los que más golpean en el corazón de inúmeros lectores y amigos de España.

Apenas se conoce en la Península el último libro de Pedro Salinas, que yo todavía no he podido leer. Pero sí la última edición de Cántico, de Jorge Guillén, enriquecida fabulosamente en cantidad y en calidad y diversidad, sin perder por ello la diamantina unidad, que es su mejor atributo. Hoy, en España, se le imita mucho menos a Guillén (gracias a Dios, dicho sea de paso); pero se le lee y se le estima tanto o más que nunca. De los otros poetas residentes fuera de España, conocemos la actividad, poética si se quiere, pero no propiamente lírica o poemática, de Juan Larrea; la laboriosidad de Rafael Alberti, que sigue produciendo en su mejor línea maestra nuevos libros y poemas con matices renovadores; y con mayor o total independencia de posiciones y prejuicios ideológicos, la plenitud de dos altísimos poetas que no cesan de crecer ante nuestros ojos atónitos: Emilio Prados y Luis Cernuda.

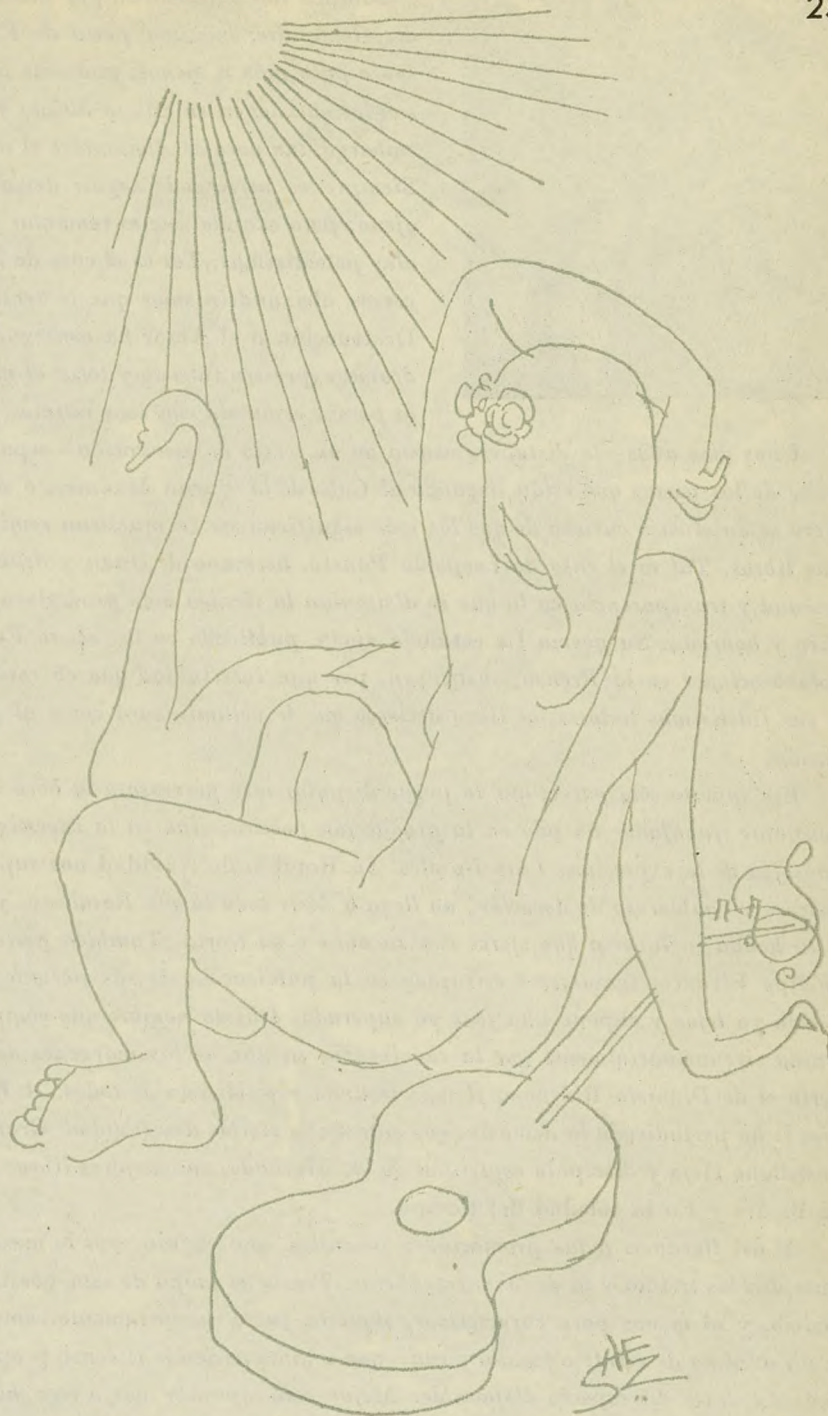
Emilio Prados se supera en cada libro, y el último, Jardín Cerrado, hay que estimarlo como un verdadero poema de tan pura esencia lírica, que nos deja, en verdad, maravillados y conmovidos en lo más hondo de nuestro ser. En cuanto a Luis Cernuda, más conocido de la juventud española por haber circulado más sus libros y por haber residido hasta hace poco en Europa, baste decir que su poesía de los tres últimos libros es la que verdaderamente le confirma como maestro infalible de la dicción y la gracia idiomática y como el más transparente, terso y puro de nuestros elegíacos. Poesía pagana de una sensualidad sublimada y ya casta; poesía religiosa también a lo Hölderlin, y en ocasiones, hermosa y hasta católicamente española. Una verdadera maravilla que no es extraño seduzca a los jóvenes y encante a los que ya no lo somos. Creemos haber atendido a lo más importante de lo producido fuera de España, aunque bien pudiera suceder que desconozcamos otras obras por falta de información. Por ello vamos ahora a decir unas palabras de lo que aquí, entre Finisterre y Cabo de Gata, se ha venido publicando, lo cual, en principio, ha de ser peor conocido de los lectores de esta revista.

Entre los poetas ya maduros, hemos de apuntar la revaloración de Adriano del Valle, que sacudió la pereza de veinte años sin publicar libro, causa única de lo que él estimaba injusta postergación. Y ha bastado la aparición de sus libros y la actividad constante de sus musas aderezadas, jaleadas y premiadas, para que se reconozca su mirabolante destreza magistral y



el garbo y garabato de su verso, tan superficial como ingenioso. Otro poeta andaluz, que ha seguido en el teatro la trayectoria de Eduardo Marquina—otro gran desaparecido a quien el lector me hará el favor de colocar en el sitio que en rigor le correspondía—, es José María Pemán. La publicación de un tomo de Poesías completas actualiza la figura de Pemán, poeta de vena fácil y elegante, en la línea de Manuel Machado, de quien ha heredado no poco. Las Flores del Bien es, por hoy, su mejor libro.

Entre la juventud española levantaron gran revuelo dos libros que aparecieron casi a un tiempo: Los hijos de la Ira, de Dámaso Alonso, y Sombra del Paraíso, de Vicente Aleixandre. Los entusiasmos y polémicas que el primero de ellos motivó, dejaron un poco inadvertido otro del mismo Dámaso Alonso, no inferior en calidad: Oscura noticia; dos libros que, después de un eclipse de dilatados años, enaltecían la personalidad poética del autor hasta un nivel, por lo menos, tan alto como el que Dámaso Alonso había alcanzado en la filología y en la crítica literaria. Gran poeta, apasionado e impetuoso, lleno de contenido humano y dueño, no hay que decirlo, de su lengua y de su estilo inconfundibles.





Sombra del Paraíso es, por ahora, el más hermoso libro de Aleixandre, máximo poeta de España, para el juicio, sobre poco más o menos, unánime de nuestros jóvenes, que son los que tienen en esto la última y mejor palabra. Y, sin embargo, tampoco es Aleixandre el modelo más aconsejable. Siempre es arriesgado seguir demasiado de cerca el vuelo ajeno; pero cuando éste es remontar de águila, se necesitan alas potentísimas. Tal es el caso de Aleixandre y de los diversos aleixandrinismos que le remedan. El poeta de La Destrucción o el Amor ha conseguido superar su propio drama expresivo interno y tocar el más espléndido cenit de la poesía española con esos últimos, fulgurantes poemas.

Unos diez años—la distancia exacta de un tercio de generación—separan a Dámaso y a Vicente de los poetas que están llegando al Cabo de la Buena Madurez, o sea a sus cuarenta años. Pero se da el caso curioso de que los más significativos se muestran remisos a la publicación de sus libros. Tal es el caso de Leopoldo Panero, hermano de Juan y delicadísimo poeta, de una levedad y transparencia en la que se disimulan la técnica más prodigiosa y la emoción más pública y honrada. Su poema La estancia vacía, publicado en la revista Escorial, y muchas otras colaboraciones en la Prensa, sustituyen, por una interinidad que va resultando ya insostenible a sus fidelísimos lectores, al libro decisivo que le voluminizará como al gran poeta de su generación.

Ese puesto sólo parece que lo puede disputar otro perezoso a la hora de la imprenta, aunque constante trabajador no sólo en la producción poética, sino en la investigación histórica y en la filosofía de la expresión: Luis Rosales. Su Retablo de Navidad nos supo a poco, y siendo primoroso y tembloroso de devoción, no llega a decir todo lo que Rosales es y significa en la poesía y la honda influencia que ejerce con su obra y su teoría. También pertenece a ese grupo Luis Felipe Vivanco, igualmente retrasado en la publicación de sus poemas. Su Tiempo de dolor queda ya lejos y supone una fase ya superada. Último nombre que completaría una promoción unida circunstancialmente por la convivencia en una de las márgenes de la España escindida, sería el de Dionisio Ridruejo, el más fecundo y publicista de todos. A Ridruejo, por el contrario, le ha perjudicado la demasía, que entrañaba visible desigualdad. Gran retórico y serio poeta, castellano viejo y discípulo espiritual de A. Machado, sus mejores libros me parecen Sonetos de la Piedra y En la soledad del tiempo.

Y así llegamos a las promociones juveniles, que ya son, por lo menos, dos. La de los que cumplen los treinta y la de los veinteañeros. Trazar el mapa de esta poesía juvenil resulta difícilísimo, y al menos para caracterizar, siquiera fuera sumariamente como lo venimos haciendo, a un mínimo de veinte o treinta poetas, que a tanto asciende el censo provisional, nos haría falta más del doble del espacio disponible. Mejor será apuntar dos o tres momentos sucesivos en la meteorología de los vientos dominantes: 1939 a 1943: dominio de una poética de la forma, con homenaje a Garcilaso ("Garcilaso se llama la revista simbólica), e influencia del sonetismo magistral de los poetas mayores. Refugio en la intimidad, y desquite en la poesía, de una vida heroica o penosa de milicia y de alerta. 1943 a 1947: reacción ofensiva contra el "egoísmo" de los contemplativos y elegíacos en nombre de una solidaridad humana con los "vencidos da vida", neorromanticismo patético, materia fermentada o sucia, angustia a lo existencial y kirkegórdico, y, en una palabra, "tremendismo". 1947: nueva espiritualidad cristiana y superación por integridad de una y otra postura, que ya puede advertirse en los más jóvenes, casi adolescentes. ¿Nombres? Permítaseme que me limite a elegir no exactamente los mejores, sino los más visibles, como capitanes revistiles. Podría ser José García Nieto—fundador de Garcilaso—el de los primeros. Victoriano Cremer Alonso, fundador de Espadaña, la revista leonesa, el de los segundos. Y para los últimos pongamos, por ejemplo, a José María Valverde. Y completemos estas indicaciones rapidísimas con el elenco de los poetas que figuran en las más nutridas colecciones poéticas. Todos ellos son más o menos poetas de presente y porvenir. Suprimo a los ya nombrados. De "Adonais": Rafael Morales, G. D., Muñoz Rojas, Suárez Carreño, Enrique Azcoaga, Vicente Gaos, Alfonso Moreno, Rafael Laffon, José Luis Cano, Carlos Bousoño, Dictinio del Castillo, Carmen Conde, Ildelfonso Manuel Gil, Pedro Pérez Clotet, Joaquín Romero Murube, Eugenio de Nora, Concha Zardoya, Juan Ruiz Peña, José Hierro, Julio Maruri, José María Souviron, Rafael Montesinos, Bartolomé Lloréns (†), Guillermo Díaz-Plaja, Ricardo Molina. De la colección "Halcón", además de algunos de la lista anterior: Luis López Anglada, Arcadio Pardo, Salvador P. Valiente, Pedro Lezcano, Carlos R. Spiteri, Gabriel Celaya, Manuel Alonso Alcalde. De la colección "Mensajes", además de ídem id.: Leopoldo de Luis, Antonio Oliver, José Luis Gallego, Juan Guerrero Zamora, José Romillo. Quedan aún fuera algunos francotiradores que no se han apuntado en ninguna empresa editorial o sólo en otras incipientes, como Ricardo Juan Blasco, o Germán Bleiberg, o Pablo García Baena, o Antonio de Zubiaurre, o Agustín de Foxá. Calcule ahora el lector lo que supone poner a cada uno un remoquete: Alfonso III el Magno, Pedro I el Cruel, Pablo I el Suntuoso, Carmen II la Brava, y así sucesivamente. Y compadézcame.

